

En 1952 el escritor francés **Robert Merle** noveló la vida del comandante de Auschwitz. Una arriesgada operación literaria que ahora se publica por primera vez en castellano

## Rudolf Höss, la historia de un siniestro voto de obediencia

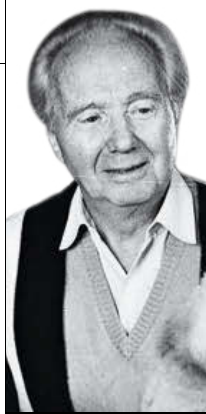
por **BORJA MARTÍNEZ**

En la primavera de 1940, el oficial de las SS Rudolf Höss fue destinado a Auschwitz para dirigir la creación de un campo de concentración en el recién ocupado territorio polaco. Algo más de un año después, recibió de sus superiores el encargo de organizar allí el exterminio masivo de judíos. A partir de la experiencia preliminar en otros campos como Treblinka, Höss desarrolló y perfeccionó el asesinato industrializado de personas; «unidades» sometidas a «tratamiento especial», en la jerga administrativa de los campos. Höss supervisó la muerte de más de un millón de personas. Sólo cumplía órdenes, dirá. Tras la rendición alemana logró escapar de las fuerzas aliadas, pero fue capturado en marzo de 1946. Testigo de cargo en los Juicios de Núremberg, fue finalmente entregado a Polonia para ser juzgado, condenado y ahorcado precisamente en Auschwitz, junto a la residencia en la que vivió con su familia dentro del campo, en abril de 1947.

Cinco años después de la ejecución, se publicaba en Francia *La mort est mon métier*. Su autor, Robert Merle (1908-2004), había ganado el Goncourt en 1949 con su primera novela, *Week-end à Zuydcoote*, basada en su experiencia personal de

la batalla de Dunkerque. Y para su segundo empeño narrativo eligió la figura de Rudolf Höss, de cuya vida realizó «una recreación ampliada e imaginaria» que ahora aparece publicada en español por primera vez. Merle se basó en las memorias que Höss escribió en prisión –Yo, comandante de Auschwitz, con prólogo de Primo Levi en Ediciones B (2009)–. También, en el registro de las conversaciones que el psicólogo norteamericano Gustave Gilbert mantuvo con él en su celda de Núremberg.

Convertir al concreto, histórico Rudolf Höss en su ampliado e imaginario Rudolf Lang permite a Merle una serie de licencias convenientes a sus necesidades narrativas. Podría decirse que convenientes también para la caracterización de ese cierto alemán de a pie sobre el que se sostuvieron la vocación y la energía totalitarias del nazismo. Hombres tan inflamados de patriotismo durante la Gran Guerra como profundamente decepcionados por la derrota. Irredentos con el francés, furiosos con los valores aristocráticos del viejo ejército culpable de la humillación alemana. Refractarios a los valores burgueses y a «los señores con levita» que rigen la República de Weimar, y al mismo tiempo beligerantes con los movimientos obreros surgidos en



**ROBERT MERLE**  
**LA MUERTE ES MI OFICIO**  
Traducción de Ernesto Kavi.  
Sexto Piso. 328 páginas. 21,90 euros. Ebook:

**EN LA PIEL DE UN ASESINO**  
Ya condenado a muerte y en prisión, Höss se dedicó con deleite a la redacción de unas memorias en las que describe, con un acusado y monstruoso sentido del deber, cómo se configuró la máquina de la muerte. «Por voluntad del Reichsführer, Auschwitz se convirtió en la mayor instalación de exterminio de la historia. Que fuera necesario o no ese exterminio en masa no me correspondía ponerlo en tela de juicio, quedaba fuera de mis atribuciones»

el tumultuoso contexto de paro y pobreza de la posguerra.

El Rudolf Lang/Höss de Merle es un caso clínico y agudo de todo ello. El lector de *La muerte es mi oficio* se encuentra con un muchacho de 13 años obediente y piadoso, sometido al rigorismo católico y marcial de un padre fanático empeñado en que su hijo varón se ordene sacerdote para expiar un pecado propio que le atormenta desde la juventud. Las visiones y crisis nerviosas que Rudolf desarrolla desde niño sólo se apaciguan cuando se entrega al pulido furioso de sus zapatos o recorre de lado a lado, en número exacto de pasos y trayectos, el patio de su escuela.

La muerte del padre en visperas de la Primera Guerra Mundial le permite liberarse del designio sacerdotal y encontrar el sentido de su vida en la disciplina militar. Voluntario juvenil en un hospital de combatientes, su primer mentor reorienta su fanatismo heredado: el único pecado, le dice, es no ser un buen alemán. Poco después se produce la conversión de Rudolf. Cuadrado ante un espejo, recreando la postura y la dicción del padre cuando rezaba, se dice a sí mismo: «Mi Iglesia es Alemania».

Alistado a los 16, enviado al frente turco, desmovilizado tras la derrota alemana, enrolado en los cuerpos francos que lucharán en las calles y en el Báltico –donde ensayarán la guerra étnica contra los letones–, la afiliación al partido nazi en 1922 garantiza su paz mental. «Había encontrado mi camino». Todo lo demás es historia.

Y al lector de historia quizá le produzca rechazo la operación narrativa de Robert Merle. La confusión que puede sembrar la literatura, aun a favor de las víctimas, en un hito como Auschwitz. Con todo, el estremecedor relato en primera persona de la creación y afinamiento de la fábrica de matar, que ocupa el último tercio del libro, es un ejemplo de contención plausible y **L** estremecedor.